

Soplando la potente fragua

Estudios sobre clase y lucha de clases
en el capitalismo contemporáneo



Laura Huertas y Sebastian Ramirez (Comp.)

GEACH


Extramuros
ediciones

Theomai
libros

Antagonismo y conflictividad en la construcción de la modernidad y el capitalismo.

Historia y contradicciones en movimiento

Guido Galafassi¹

Siendo la contradicción capital-trabajo aquella contradicción fundamental de toda formación social con predominancia capitalista, y aquella que precisamente distingue al capitalismo de otros modos de producción, esto no determina que las únicas conflictividades posibles o relevantes sean aquellas fundadas en el mundo de la producción. Ni tampoco que sean aquellas con las cuales se hace suficiente entender toda la expresión de la conflictividad que aparece incluso como expresión de los antagonismos existentes en las relaciones de dominación y explotación. Es que la contradicción fundamental no anula otras contradicciones, por cuanto cada una de estas nunca opera de manera aislada y encapsulada, sino que se interpenetra con ellas y complejiza la trama de antagonismos, generando así una dinámica histórica de formas y características diversas en que se dan los modos de protesta y lucha, así como las razones más específicas que motivan los conflictos. Esto nos obligará siempre a descubrir la jerarquía de contradicciones que definirá y orientará prioritariamente cada expresión particular. Por otro lado, es muy distinta la conflictividad social en un contexto político-ideológico-cultural que potencia la construcción colectiva de herramientas de cambio que cuando lo que prima es la máxima hobbesiana de la supervivencia individual (tal las notorias diferencias, por ejemplo, entre la primera mitad del siglo XX y finales del mismo y lo que va del siglo XXI). Los antagonismos que afloran no tienen por qué ser siempre los mismos, más allá de la permanencia de la contradicción fundamental. Existe ciertamente una legitimación hacia aquello que puede ser o no objeto de protesta, aunque obviamente esta legitimación se construye históricamente a partir de la interacción entre el

1. Investigador Principal CONICET, Investigador Adscripto Fundación BARILOCHE, Prof. Titular UNQ

entramado complejo de las relaciones de producción y los procesos subjetivación y construcción de sentidos, que en una sociedad de clases estarán siempre mediados por los dispositivos relacionales de poder y los procesos de dominación y hegemonía. Así, cualquiera sea el caso particular, la norma general será el conflicto en el marco de la pervivencia de la lucha de clases, entendida esta en términos claramente dialécticos, dinámicos y complejos; en donde la clase no solo se construye a sí misma y lucha, sino que a su vez, se manifiesta de múltiples maneras, junto también a otras formas de organización colectivas mediadas por factores y variables diversas².

En este contexto conceptual es que vale partir asumiendo el dato incontrovertible de que la modernidad nace al fulgor de las revueltas y las revoluciones. La revolución inglesa primero, pero más contundentemente la revolución francesa, fueron los hitos del cambio entre edad media y modernidad, sumadas a la llamada "revolución" industrial obviamente, sin la cual no podría entenderse ninguna de las dos primeras y mucho menos la modernidad en sí misma. Y la modernidad es fundamental entenderla en términos de un mundo que comienza a dejar atrás su conformación como una serie de civilizaciones en disputa eterna entre sí, para llegar a convertirse en una única civilización que va conquistando el planeta y arrasando con cuanta cultura se le anteponga.

Es así que la historia de la modernidad, y por lo tanto de la "sociedad moderna", es a su vez la historia dinámica y en permanente ebullición de los sujetos individuales y colectivos, de los saberes y sentires. "Ser modernos es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo, y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos" (Berman, 1985). Porque la modernidad es también una sucesión constante de procesos de movilización subjetiva y social, de antagonismo de clases y fracciones de clases, etnias y pueblos, modelos de desarrollo, identidades socioculturales, géneros, posicionamientos político-filosóficos, etc.; todos encarnados en modelos diversos de sujetos y también en colectivos sociales que a su vez, muchas veces se superponen y entremezclan en términos de sus anclajes en relación a sus prácticas, pensares y sentires³. La moderni-

2. Estas son las tesis fundamentales trabajadas en el reciente libro "Dialéctica de la conflictividad" y este artículo resume necesariamente alguno de sus capítulos.

3. Un muy interesante análisis de la modernidad en términos de las relaciones entre política, capital y mercado puede verse en el texto de Jacques Bidet (1993); sobre los parámetros de la cultura material y la construcción del confort ver el excelente texto de Tomas Maldonado (1987); sobre la sociología de la organización, libertad y disciplina moderna ver a Peter Wagner (1997); sobre la discusión de la historia en la modernidad y

dad nace o se expresa material, política, cultural e ideológicamente a partir de procesos de movilización y cambio propios, aunque también algunos que permanecen resignificados desde el pasado. Es en el Renacimiento, y su nueva lectura Humanista de la vida y la existencia, cuando se comienza a dar forma a la modernidad, y cuando precisamente se renuevan los antagonismos y se fundan aquellos claves hasta el presente. Y será también a partir de ese momento, que el nuevo modo de organización y de existencia de lo humano comienza también a expandirse al resto del mundo a través de distintos procesos de ocupación, colonización y dominación, que generan dialécticamente nuevos desarrollos de conflicto y movilización. La conflictividad de aquello que va muriendo para ir dando paso a la nueva época, y las conflictividades que implica el enfrentamiento de esta nueva configuración respecto al resto de las culturas para intentar sobreponerse a ellas. Ambos procesos terminan victoriosos y plagados todos ellos de antagonismos fundantes y conflictividades emergentes.

La revolución moderna y la génesis del mercado

Los procesos de conflicto y de movilización social son así parte inherente del desenvolvimiento de la modernidad, son producto y productores de la modernidad y son la expresión de las cambiantes condiciones, estructuras, sujetos y procesos del así llamado “progreso moderno”. Los procesos de industrialización, urbanización, acumulación capitalista y desarrollo socialista son el entramado dialéctico en el cual se constituyen la conflictividad y en la cual las clases y los movimientos sociales interaccionan conformándose y conformándola. El nacimiento y posterior desarrollo de las ciencias sociales va de la mano también con el análisis de los procesos de progreso y emergencia de las estructuras y acciones modernas así como de los conflictos y la movilización social. Tanto los padres fundadores de la sociología, y sus continuadores, así como desde la economía y la ciencia política tuvieron en el desarrollo, el conflicto y la movilización social algunos de los ejes fundantes de su problemática. Es más, la ciencia social moderna se funda con el objetivo de, en parte, legitimar y justificar intelectualmente la emergencia de la modernidad a través del cambio, la movilización social y la relación orden/conflicto. Los “padres fundadores” de las ciencias sociales modernas harán de su posicionamiento frente a la sociedad moderna emergente un

su supuesto fin ver el libro de Perry Anderson (1996); y sobre una hermenéutica del derrotero filosófico, cultural y literario de la modernidad, el muy bello trabajo de Vincenzo Vitiello (1998).

eje fundamental de su explicación. Mientras Saint-Simon, Comte, Durkheim y Weber “festejarán” a la nueva sociedad capitalista, industrial, urbana y racional (con fuertes matices y hasta críticas puntuales y parciales a su desarrollo) circunscribiendo los procesos de conflicto y resaltando la libertad individual, la desigualdad competitiva y el orden de sustentación de la sociedad emergente; Tonnies en cambio, presentará una explicación que añora los valores perdidos de la comunidad medieval, siendo Marx, el claramente más “hiper-moderno” al resaltar los progresos implícitos que acompañan la emergencia de la sociedad capitalista, definiéndola a partir del antagonismo y la contradicción estructural, pero criticándola a su vez radicalmente para promover su avance, cambio y reemplazo por una sociedad socialista, en la cual entrarían en plena vigencia los valores de libertad –no individual sino en comunidad- y enfatizando fuertemente los de igualdad por cuanto desaparecería la explotación entre clases y las propias clases sociales.

Cambio y transformación constituyen entonces trazados fundamentales de la aceleración de la nueva época, y los rasgos fundamentales de la contradicción que implicará la contraposición de fuerzas entre el antiguo régimen que resistirá a morir y la modernidad que pujará por aparecer. En lo económico, estigmas y condiciones históricas se potenciaron y extendieron hasta lograr el triunfo absoluto de un mecanismo de intercambio económico presente desde antiguo pero nunca de forma predominante. Así, el mercado, que se constituye a partir del principio excluyente del valor de cambio, domina hasta tal punto el modo de producción capitalista que la esfera de la producción y el intercambio de mercancías termina invadiendo el espacio de la vieja economía doméstica y destruyendo los ámbitos preindustriales y agrarios de las economías naturales, creando un imaginario social de paz en competencia, que de todas formas y de manera recurrente se vería perturbado no solo por la conflictividad capital-trabajo, sino que al mismo la modernidad conlleva necesariamente a una tensión, sino una contradicción, rural-urbana, por cuanto la forma moderna por antonomasia de la producción económica, es decir la industria, deberá situarse en la ciudad por ser el ámbito donde podrá constituir tanto el mercado de producción y consumo así como el de fuerza de trabajo. A esto debemos sumar las contradicciones y antagonismos siempre presentes en cualquier época, como aquellos dados por los conflictos intra-clase además de los conflictos internacionales por la hegemonía.

Surge una sociedad “artificial” predominantemente urbana frente la sociedad tradicional “natural” de base rural. Y a partir de este momento se comienza a construir la máxima liberal de las virtudes “invisibles” del mercado, queriendo decir que la economía de mercado funciona sola sin la necesidad de la intervención estatal. Así la creencia moderna no se hará nunca cargo de

la contradicción eternamente presente entre estado y mercado, por cuanto el segundo necesita del primero pero al mismo tiempo lucha permanentemente por liberarse de él (las disputas entre liberalismo y socialdemocracia muestran en el terreno político con claridad esta contradicción). Este proceso de expansión del mercado llevó entonces a la universalización de la forma mercancía, la conversión en bien económico a casi cualquier cosa (condición que fue creciendo con el tiempo hasta el presente), incluyendo obviamente los principales factores de producción -trabajo, tierra, dinero- mediante la asignación del precio correspondiente -salario, renta e interés-. El ser humano a partir de su expresión como fuerza de trabajo y la naturaleza a partir de su expresión como recurso natural, son así subsumidos bajo la forma mercancía, transformándose en no mucho más que bienes transables. La mercancía pasará a ser el nuevo clivaje en donde se apaciguarán todas las contradicciones y antagonismo que permanecerán latentes bajo la fachada de bien material en tanto satisfacción de necesidades. De esta forma, para que el imaginario de este mercado autorregulado cuajara en forma de discurso ideológico contenedor, dicho mercado tenía que colonizar previamente todas las esferas de la vida social. Tenía que des-socializar la economía y mercantilizar la sociedad. Lograr que los sujetos, atomizados ahora vía la mercancía y bajo la doctrina del individualismo -nunca hobbessiano, sino regulado normativamente-, se constituyeran en sus relaciones sociales como agentes económicos. Esto se logra, haciendo que las principales motivaciones concitadas en la vida social fueran las del beneficio privado y el interés particular; pero nunca las motivaciones más políticas, del altruismo o la solidaridad o el compromiso con el bien público, a las que había que expulsar de la nueva sociedad burguesa, para que no estorbaran la "correcta" marcha de la economía.

Estas premisas de la sociedad moderna de mercado pueden resumirse en la concepción utilitarista de la sociedad en tanto imperio "ideologizado" del individualismo y la justificación de la democracia representativa a través de la máxima felicidad para el mayor número posible de individuos (esto implica que no es para todos y más aún, ni siquiera para la mayoría) como supuestos fundantes del mercado. Las bases de esta encarnadura liberal las sentaron John Locke (con su *Primer y Segundo Tratado sobre el gobierno civil* de 1689) y Adam Smith (con su *La riqueza de las naciones*, de 1776) en tanto liberación de la flagrante desigualdad entre los humanos que establecía el teocrático medioevo. Esta liberación también implicaba la legitimación claramente humana tanto de la economía como del gobierno, echando así definitivamente por tierra la tiranía de la religión. Tocqueville (1985) se encargará de refinar el concepto de democracia sustentado en el individualismo político y antes Benjamin Constant definiendo claramente la "...libertad de los modernos"

(1819) en tanto libre ejercicio de la libertad de cada uno en una sociedad de reglas civiles (es decir de no egoísmo extremo insalvable)⁴. Pero inmediatamente estas tendencias liberadoras se constituyeron en la primacía de un nuevo principio, que al estar asentado solamente en una equivalencia teórica de oportunidades, trajeron nuevos males de desigualdad entre los hombres. El individualismo *avant la lettre* de los primeros modernos como intento liberador se vuelve rápidamente en esa noción de vida privada, como aquella barajada por y que será significado y sentido de la vida moderna casi en su totalidad. Me refiero a aquella que es una clara expresión del individualismo llevado al máximo pues el individuo no debe tener ninguna presión para participar de la vida política de la comunidad, es decir que debe dedicarse solo a su vida privada, la cual está regida por la doctrina de la libertad de empresa y de la propiedad privada.

El liberalismo histórico se compone de individualismo + libertad económica + desigualdad material y de intereses + competencia, que se expresa materialmente en la noción de mercado⁵. Vale la aclaración de que la importancia de la desigualdad deviene al presuponer la existencia de diferencias irreconciliables entre los hombres que hacen que cada uno busque su propio e individual interés, es por esto que para el liberalismo, la igualdad en todos los planos, ni es deseable ni es posible. Las teorías actualmente dominantes sobre la acción colectiva y los movimientos sociales contemporáneos, se asientan justamente en explicar la conflictividad en base a estos intereses individuales diferentes, que cuando se encuentran en oposición generan un conflicto. Para que este modelo funcione hizo falta la emergencia de un Estado-Nación, basado en criterios racionales, que defendiera los intereses en pugna de las nuevas clases burguesas emergentes en contra de los 1000 años de feudalismo con dominio absoluto de la nobleza y la religión⁶. Este Esta-

4. La cita textual es la siguiente: "Es el derecho de no estar sometido sino a las leyes, no poder ser detenido, ni preso, ni muerto, ni maltratado de manera alguna por el efecto de la voluntad arbitraria de uno o de muchos individuos: es el derecho de decir su opinión, de escoger su industria, de ejercerla, y de disponer de su propiedad, y aún de abusar si se quiere, de ir y venir a cualquier parte sin necesidad de obtener permiso, ni de dar cuenta a nadie de sus motivos o sus pasos: es el derecho de reunirse con otros individuos, sea para deliberar sobre sus intereses, sea para llenar los días o las horas de la manera más conforme a sus inclinaciones y caprichos: es, en fin, para todos el derecho de influir o en la administración del gobierno, o en el nombramiento de algunos o de todos los funcionarios, sea por representaciones, por peticiones o por consultas, que la autoridad está más o menos obligada a tomar en consideración".

5. Un muy interesante análisis de las complejas relaciones entre mercado y capital puede verse en el texto de Jacques Bidet (1993), sobre los parámetros.

6. Sobre este punto, tratado en extenso, vale remitirse a los ya clásicos trabajos de Eric Hobsbawm (1991); y de Michael Mann (1997), y más concretamente sobre el poder de la

do-Nación que tiene sus inicios en el absolutismo de finales del medioevo, surge como una estructura con vital e importante fortaleza, necesarias para imponer el nuevo orden ligado a la modernidad. Es interesante acotar aquí, que la Revolución Francesa constituye sin dudas un punto de inflexión, pues logró difundir ampliamente la creencia de que los cambios políticos son algo normal y no excepcional y que la soberanía de los estados reside no en un soberano dictador, sino en el pueblo como un todo. De aquí la idea moderna de Nación y la importancia de la política como proceso en donde se construye el modelo de sociedad. Al ir consolidándose las ideas liberales, herederas directas tanto del iusnaturalismo como de la ilustración, el Estado fuerte (y la política como proceso de cambio) comienza a ser cuestionado dado que limitaba precisamente el libre juego de los componentes del mercado (y su estabilidad), naciendo así la clásica premisa liberal de un Estado mínimo, pero nunca ausente, por cuanto seguía siendo necesario para imponer y regular el nuevo modelo.

Los valores de solidaridad y altruismo en cambio, serán tomados por las corrientes político-ideológicas que se desarrollarán para contrarrestar al liberalismo y conducir a la modernidad por caminos diferentes. El anarquismo y el socialismo perdurarán hasta nuestros días bajo estas premisas, influenciando también diversas variantes de pensamientos ecologistas de las últimas décadas, el feminismo crítico de los años '60 y '70, y del pacifismo de los años '80. Mientras en el liberalismo, el conflicto de intereses trasmutado en competencia promueve el progreso y el desarrollo entre los hombres, en el pensamiento socialista en cambio el conflicto se asienta en la explotación de una clase por sobre la otra, y hasta que no desaparezcan estas el conflicto en tanto explotación seguirá existiendo. Vale aclarar que los diversos fracasos de las experiencias socialistas en la práctica, no invalidan las premisas elementales, pero si marcan la dificultad que tienen estas para construir una nueva realidad que supera el individualismo competitivo de la modernidad.

Pero es sin duda la mercantilización del factor trabajo la transformación decisiva, porque sin mercado de trabajo no hay capitalismo, generando al mismo tiempo un ámbito particular para una de las conflictividades básicas de la modernidad. El capitalismo necesitaba de un proletariado industrial independiente, de una fuerza de trabajo que pudiera comprarse y venderse a su precio de mercado, que era nada más que el precio de reproducción de la propia fuerza de trabajo. Y esta mercantilización del trabajo no se produjo sin arrastrar tras de sí una serie de consecuencias sociales que marcaron el nacimiento de la clase obrera, que osciló entre el sometimiento, la complicidad,

burguesía al reconocido libro de Roger Bartra (1978).

la rebelión y hasta la revolución anticapitalista. Esta cuestión social estuvo marcada por una gran paradoja, la del pauperismo en medio de la abundancia material y el crecimiento económico (paradoja que está presente hasta la actualidad, a pesar de las diferencias y variantes). Pero en conjunción con esta definición económica, existió también la confianza en la perfectibilidad social y en el progreso, es decir, que junto a la pauperización, se desarrolló también un cierto espíritu favorable a la utopía y a la reforma social que mejoró largamente varios indicadores de nivel y expectativa de vida, llegando a generarse incluso una especie de "ingeniería social". Es que el surgimiento del capitalismo se produce en paralelo al desarrollo del positivismo, corpus de pensamiento que hace el progreso (material fundamentalmente) su leitmotiv primario. En efecto, el pensamiento social del XIX está imbuido también de reformismo y de reorganización social, desde el socialismo utópico hasta el utilitarismo, desde los *Villages of Union* de Owen o los *falansterios* de Fourier, hasta el *panóptico* y las *Industry Houses* de Bentham.

Y es este proceso moderno de desarrollo quien determinó, aunque contradictoriamente, la naturaleza del Estado contemporáneo, inscripta en una tendencia creciente, en sus inicios, de participación del sistema de poder estatal en los procesos que permitan el crecimiento económico de la sociedad. A pesar del discurso extremo liberal contra la intervención estatal en la economía, el Estado moderno y el desarrollo capitalista se dieron, sin embargo, en base a una mayor interpenetración entre los aparatos estatales y el desarrollo productivo. Cabe agregar que los tres componentes básicos gracias a la conjunción de los cuales se han ido creando y desarrollando los Estados, como población, territorio y poder institucionalizado, generan con su interacción, a partir de la acción promotora del último, el proceso de transformación característico de la modernidad.

Este Estado capitalista contemporáneo se encuentra guiado según Offe (1990) por cuatro condiciones funcionales: 1) Producción privada. La propiedad, tanto de fuerza laboral como de capital es privada. Por lo tanto, las decisiones privadas son las que determinan el uso concreto de los medios de producción. 2) Restricciones tributarias. Los recursos materiales necesarios al funcionamiento del poder político se obtienen por medio de impuestos, lo que determina una dependencia del Estado capitalista hacia el volumen de acumulación privado. 3) Acumulación. Así, el poder político se halla básicamente interesado en promover las condiciones que favorezcan un crecimiento de la producción y del acopio de bienes y servicios. 4) Legitimación democrática. En regímenes políticos democráticos-parlamentarios, el control sobre el poder estatal institucional solo se logra a través de procesos electorarios.

Sin duda, desde el punto de vista del desarrollo capitalista, la acumulación es el proceso clave en este esquema, al que convergen y apuntalan las otras tres condiciones mencionadas, siendo la última una condición no indispensable como lo demuestra toda la historia de los países periféricos hasta el presente.

La acumulación se inicia en base a los procesos modernos de transformación de la naturaleza. Esta acumulación se logra trasladando componentes del sistema natural, a partir de la creación de valores, a los procesos de la sociedad (Galafassi, 2014 y 2017).

Para poder darse este proceso de transformación ha sido necesario que se dieran cambios importantes en la organización del trabajo pasando de un trabajo artesanal simple a una alta especialización con la incorporación de los correspondientes cambios tecnológicos. Esto a su vez, se articula con un aumento en la utilización de energía no humana, lo que ha permitido aumentar la productividad y a partir de esto generar un excedente por sobre lo necesario para reproducir la fuerza de trabajo. Este excedente ha favorecido la acumulación de instrumentos de producción que incorporan el cambio tecnológico y un creciente insumo energético, lo que a su vez vuelve a aumentar la productividad del trabajo, que permite una nueva expansión del excedente, y así sucesivamente aumentando la producción, los niveles medios de vida y la población (Galafassi, 2006 y 2019).

Es en consecuencia que hoy somos modernidad y esta modernidad tiene un patrón particular de conflictividad y antagonismo, porque los procesos de conflicto no pueden ser autónomos e independientes al resto de los clivajes y condiciones socio históricas y culturales recién analizados, por cuanto esto es la dialéctica social. Pero decía al principio de los hitos, y para no confundirnos es dable precisar que no podemos desentendernos de los complejos y dialécticos procesos históricos con marchas y contramarchas para reemplazarlos por momentos en tantos clivajes definitorios de sencillamente un antes y un después de los acontecimientos. Así un hito histórico es mucho más una referencia destacada en el marco de un proceso que un acontecimiento en sí mismo. La Revolución Gloriosa (inglesa) de 1688 es considerada mayoritariamente como el primero de estos hitos que pueden de alguna manera ser vistos como mojones sobresalientes de un proceso que se produce y reproduce de manera cotidiana aunque diversamente expresado multidimensional y multiespacialmente. Se la puede entender como el primer levantamiento de importancia en contra de los últimos esténtores del medioevo representados por las monarquías absolutistas. Las ideas burguesas de libertad económica y libertad política manifestadas en la fórmula de individualismo como concepción jurídica pero también cultural, venía a echar por tierra las prácticas e instituciones corporativas y herméticamente jerárquicas y estamentarias del

régimen feudal. Si bien la disputa visible se planteó entre monarquía (Carlos I y II y Jacobo II de la dinastía de los Estuardo) y parlamento (gobierno de Cromwell), en realidad lo que estaba más profundamente en juego eran el sistema de producción, de clases y de poder político asentados en la coerción legal y militar de la edad media. A esto se le enfrentaba el paradigma de la liberación de los intereses comerciales de las nuevas clases burguesas que necesitaron de la promulgación de libertades individuales para poder operar. Es que la competencia en el mercado comenzaba a esbozarse como la nueva manera de entender las relaciones económicas entre todos los seres humanos, para lo cual también fue necesario limitar fuertemente el absolutismo monárquico para iniciar el proceso de reemplazo por lo que luego se constituye como democracia representativa. Será esta nueva forma de gobierno y de organización políticas de las jerarquías la que agenciara como garante de las relaciones de mercado por cuanto estas nunca serán tema de discusión una vez consolidadas, hasta la aparición de los cuestionamientos que al camino capitalista que había seguido y adoptado la modernidad se harán desde el socialismo.

Es entonces que a las revoluciones podemos considerarlas fundantes de la modernidad pero en tanto emergentes de situaciones de contradicción y antagonismo que llegadas a un punto no les quedó más remedio que detonar y abrir así un momento de la historia de álgida confrontación entre modelos, clases e individuos, con patrones que aceleraban su caída ante la emergencia de otros nuevos. Con sujetos sociales que a pesar de seguir resistiendo su desaparición ya no tenían la fuerza social suficiente para soportar el avance de nuevos entramados de poder y de nuevas identidades que respondían a las nuevas configuraciones socioeconómicas y políticas. Así lo plasmó claramente Jacques-Louis David, como artista y divulgador del nuevo régimen tras la revolución en Francia, cuando en 1793 y en el marco del "Festival de la Unidad e Indivisibilidad de la República"⁷ que celebraba el primer aniversario del fin de la monarquía propone la construcción de una estatua permanente de Hércules de quince metros de altura. Describió a este "dolmen" moderno como la alegoría "de la fuerza y la sencillez" representando al pueblo francés que con su "energía liberadora" destruiría la "doble tiranía de los reyes y los curas". Clarísima imagen artística con una fuerza social clarividente identificando a los poderes del medioevo en decadencia gracias al nuevo sujeto social, "pueblo", en movimiento. Pueblo que a su vez se ve reforzado al sostener David que la "fuerza" y el "valor" alegóricos del Hércules revolucionario estarían encarnados en sus brazos, el "trabajo" en

7. Cfr. Roberts, 1989.

sus manos y la “naturaleza” y “verdad” en su torso. Fuerza, trabajo, naturaleza y verdad como precisa iconografía y simbolismo de los nuevos tiempos, del homo carnal y racional moderno que se desprendía definitivamente de la carga “celestial” de su pasado reciente⁸. Y así se generaba una visión nueva de lo político asentada en la razón humana y ya no en la justificación divina, de tal manera que toda movilización de la sociedad era en su propio interés sobre la tierra y no más por causas y justificaciones divinas.

La confrontación se comienza a dar entonces entre los sujetos y las clases que defienden el antiguo régimen de desigualdad política y social en las que se asentaban la nobleza como clase y estamento libre por encima de las restricciones normativas y económicas –sojuzgando al campesinado bajo el régimen de servidumbre-; versus los sujetos y nuevas clases burguesas de comerciantes e incipientes industriales. Desaparece así mayoritaria y gradualmente la contradicción asentada en la libertad/falta de libertad fuertemente dispar que generaban las relaciones de vasallaje y servidumbre, para restablecer la desigualdad sobre nuevos parámetros. Se reconfiguran relaciones de explotación y dominación sobre bases primordialmente económicas que son las que marcarán las nuevas relaciones de clase. La libertad normativa extendida a todos los sujetos esconderá, en la modernidad naciente, la falta relativa de libertad y desigualdad en términos de oportunidades y calidad de vida que generará el sistema de relaciones materiales y del mundo de la producción, el cual a su vez pasará a ser uno de los ejes de la vida moderna que definirán buena parte de los criterios de éxito o fracaso tanto social como individual. Se conforman y reconforman así, los contrincantes y las contradicciones políticas, económicas y culturales que los dividen. La modernidad deja de lado la contradicción entre “alma” y “cuerpo carnal”, entre la vida “espiritual” y “celestial” y la vida “terrenal” y “mundana” característica del medioevo. Se erige, por el contrario, una forma de pensar, legitimar y en consecuencia de actuar regidos por los conceptos de ciencia racional y desarrollo progresivo. La realización del cuerpo material y la satisfacción de las necesidades de la vida terrenal ganaron la batalla, para reelaborar la contradicción dialéctica, estableciéndola ahora entre conocer o ignorar, producir o no producir, tener o no tener. Se afirma, por consiguiente, el sujeto pensante, es decir el sujeto racional.

Es el sujeto, el individuo por sí solo (es decir, sin mediación divina), por su sola razón, por sus propias fuerzas, independiente de toda autoridad religiosa, sociológica y política, el que debe encontrar la verdad entendida como correspondencia con la realidad material, reconstituyéndose con más fuerza

8. Citado en Hunt, 1986.

que nunca los principios lógicos clásicos de identidad y no contradicción. Es decir, hay una lucha, una afirmación del racionalismo que significa, una afirmación de la autonomía del individuo, de lo que el individuo puede hacer por sí solo, sentando así las bases filosóficas del liberalismo, tanto político como económico; y un advenir consolidante de la ciencia moderna –a partir de la racionalización de la naturaleza para su utilización a partir de su regularidad- como la gestora de la base material de la nueva sociedad.

Así pues, la convicción de que existe cierta uniformidad en el curso de la naturaleza es una característica propia de la ciencia moderna... el valor de las leyes de la naturaleza, que es lo que en cualquier caso particular importa a la ciencia moderna fundada en el Renacimiento, depende de la repetición futura de los casos para los cuales deben ser válidas esas leyes. La posibilidad de unas leyes de la naturaleza, y, por consiguiente, la del dominio de ésta, aparece en la nueva ciencia del Renacimiento en dependencia lógica de la presuposición de que el acontecer natural está sujeto a una regularidad (Horkheimer, 1982:19).

La construcción y desarrollo de esta base material, se dará sin embargo no bajo la lógica del bienestar de la humanidad, sino más bien al amparo de la búsqueda de riqueza, del afán de lucro, los cuales se van constituyendo no solo en un fin digno de ser perseguido por sí mismo, sino en un fin que va a ir excluyendo a todos los otros, para los cuales la satisfacción de las necesidades es el medio vehiculizador. La búsqueda de la riqueza, lo que podemos llamar la mentalidad mercantilista se va imponiendo cada vez más en este mundo. Es así entonces que la acumulación de conocimiento y riqueza serán algunas de las singularidades que marcarán las relaciones y las escalas de poder, y parte de las conflictividades y sus configuraciones hasta el presente, siempre considerando el esquema complejo de contradicciones (Galafassi, 2021).

Transformaciones y conflictividad

Es entonces que pensar la conflictividad en los tiempos modernos necesariamente nos debe llevar a entenderlos en términos de las directrices que orientan la socio-temporalidad de estos siglos. Humanismo, razón que calcula, crecimiento material y progreso serán algunas de estas orientaciones claves en pos de liberar a la humanidad de las “ataduras especulativas, contemplativas y místicas del medioevo”. La razón estará al servicio pragmático del uso de la naturaleza para el beneficio material del ser humano.

...esas nociones me han enseñado que es posible llegar a conocimientos muy útiles para la vida y que, en lugar de la filosofía especulativa enseñada en las escuelas, es posible encontrar una práctica por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean tan distintamente como conocemos los oficios varios de nuestros artesanos, podemos aprovecharlos del mismo modo en todos los usos apropiados, y de esa suerte convertirnos en dueños y poseedores de la naturaleza (Bacon, 1984).

Es precisamente en la modernidad, cuando el mundo social e histórico de las cosas materiales adquiere la premisa de un progreso ilimitado, de un desarrollo infinito. Desarrollo que para Aristóteles se vincula con la premisa de que "la naturaleza es fin (telos)", por lo tanto el desarrollo es avanzar hacia este fin. En el proceso mismo de desarrollo está definido, está implícito normativamente el resultado final. Pero el gran cambio de la modernidad, al decir de Castoriadis "*se produce cuando el infinito invade este mundo*". Con el surgimiento del mundo moderno y la burguesía, se pasa del mundo cerrado medieval al universo infinito moderno, se empieza a creer en la perspectiva de un progreso indefinido del conocimiento, a través del uso de la razón. No hay límites para los poderes y posibilidades de la razón, y la razón por excelencia, por lo menos si se trata de la res extensa, es la matemática: "*mientras Dios calcula, el mundo se hace*" ("*Cum Deus calculat et cogitationem exercet, fit mundus*"), escribía Leibniz en 1677⁹.

La finalidad central de la vida humana pasa a ser el crecimiento ilimitado de la producción y las fuerzas productivas (técnicas), así como del bienestar material y la competencia por este bienestar material lo que conlleva a una acumulación claramente desigual y a una conformación de origen asentada en el antagonismo. El "crecimiento" así asumido se expresa de manera diáfana en la llamada "ideología del progreso"; "Al no existir ya límites a la progresión de nuestro conocimiento, no existe tampoco a la progresión de nuestra potencia (y de nuestra riqueza), para explicarlo de otro modo, los límites allí donde se presentan tienen un valor negativo y hay que rebasarlos" (Castoriadis, 1986). Estas características de la modernidad, que si bien son no excluyentes, son los rasgos principales, sus accidentes más significativos, los que dejaron su impronta de un modo más profundo. Son estos los aspectos más relevantes y conocidos de la modernidad, los que de un modo más

9. Citado en Couturat (1901) respecto de la obra de Leibniz de 1677: "*Dialogus de connectione inter res et verba*"

evidente y agresivo han ido diseñando desde el siglo XVIII y hasta nuestros días el mundo que habitamos. Mundo que ha nacido en el occidente europeo y se ha expandido al resto del planeta, asumiendo así la modernidad la misión de configurar un solo mundo, a expensas de otras culturas. La conflictividad social, política y cultural en los tiempos modernos hay que entenderla ulteriormente en base a estas premisas que guiarán de manera prioritaria las diferentes dimensiones de las relaciones sociales. El avance de la “ideología del progreso” y las fuerzas sociales que la sostienen, ha implicado enfrentarse con infinidad de expresiones que se le resisten, consustanciando así muchas de las variables que han definido las contradicciones de base para la emergencia de un abanico de conflictividades, así como en las últimas décadas, una crisis relativa de estas premisas han orientado nuevas o renovadas manifestaciones de conflicto en base a otras diversas contradicciones socio-históricas. La pregunta de para quien son los beneficios de ese progreso ha movido buena parte de los antagonismos modernos, como el clásico asentado en la contradicción capital-trabajo o incluso en parte aquel último emergente asentado en la contradicción de género; la disputa alrededor de qué tipo de progreso ha movido tantas otras contradicciones como aquellas asentadas en cuestiones étnicas o de derechos, y el cuestionamiento de este progreso ha movido buena parte de las conflictividades que giran alrededor de la contradicción capital-naturaleza o las movidas contraculturales. De más está decir, que de ninguna manera puede tomarse esto último como compartimentos estancos, pero si como carriles indicativos que grafican la sustanciación de la conflictividad moderna.

El postulado de la igualdad asume en este marco de modernidad una existencia paradójica. Por un lado, y como decía más arriba, se fundan las bases de una igualdad jurídica, normativa (oportunidades) y política en tanto ideas-fuerzas cruciales para la emergencia de las nuevas clases y sujetos sociales; pero por el otro, de ninguna manera se diluye la desigualdad que continua existiendo en el plano económico-material que rige el acceso a los bienes y servicios. Una desigualdad asentada en pilares diferentes a los del medioevo pero que al fin de cuentas termina por transformar muchas de las bondades de igualdad cultural y política derivadas de los primeros principios, en no mucho más que una quimera. La gran nueva contradicción ve así su luz entre, la situación de privilegio que tendrá la clase que dirigirá a su imagen y semejanza todo el proceso de construcción de la modernidad y su antagonista, la mano de obra indispensable para construir todos los cimientos y mantener en funcionamiento toda la dinámica. Es por esto que en la propia revolución francesa las lecturas críticas a la modernidad liberal tendrán su cuna. Francois-Noël Gracchus Babeuf, y su “Conspiración de los

iguales”, será considerado como una de los promotores del comunismo que surgirá plenamente y se consolidará en el siguiente siglo¹⁰. Pero el comunismo tenía evidentemente como idea, orígenes muy anteriores.

Los habitantes de la ‘república’ ideal de Platón compartían sus propiedades y el cristianismo primitivo ofrecía un modelo de fraternidad y reparto de la riqueza. Esta tradición cristiana, combinada con el cultivo por las comunidades campesinas tradicionales de las ‘tierras comunales’, fue el fundamento de los experimentos y utopías comunistas de principios de la era moderna, ya fuera la del pensador inglés Thomas More en el siglo XVI, o la comunidad establecida por el digger Gerrard Winstanley en las tierras comunales en Cobhan (Surrey) durante la guerra civil inglesa en 1649-1650 (Priestland, 2010:24).

Pero en el marco de esta paradoja, está claro que Modernidad implica una transformación del orden ideológico-político, en relación dialéctica al orden social y económico. Así, este mundo moderno además de ser hijo de la Revolución Francesa, es hijo principalmente de la Revolución Industrial. Si la Revolución Francesa desencadenó la fuerza política de una “religión de la libertad” y de la democracia representativa, la Revolución Industrial, por su parte, desencadenó desde también fines del siglo XVIII, las fuerzas del desarrollo económico que provocaron la gran transformación material de la sociedad y que se asentaron sobre el sistema fabril, la máquina herramienta y la energía de origen inanimado. Nacen así las dos grandes clases características de lo que se llamará el modo de producción capitalista y que como tal constituye un modelo ideal que en la práctica se manifestará de maneras y con sujetos sociales y procesos de subjetivación muy diversos y cambiantes, pero en mayor o menor medida ajustado a estos parámetros generales. De aquí nace la contradicción fundamental de la modernidad capitalista entre capital y trabajo¹¹. Y de aquí también se desprende otro fundamental vértice de la transformación que se expresa en un proceso creciente de una expansión nunca antes vista de la capacidad productiva. Los promedios de productividad por trabajador se elevarán de manera permanente lo que favorecerá la elevación, siempre desigual, de los promedios de ingreso por persona.

Este gran proceso de transformación consecuentemente generó toda una serie diversa de conflictividades -a la par de la formación de nuevos

10. Un lujosa y muy detallada historia de los acontecimientos que gestaron la revolución francesa se encuentran en el clásico trabajo de Kropotkin (2004).

11. Para ampliar estos puntos ver: Kofler (1974); Maddison (1998); Lebowitz (2005).

antagonismos que se superponían-, resignificadas a otras previas que seguían sobreviviendo, cuyos epítomes de máxima conflictividad quizás emergieron incluso mucho tiempo después, como las contradicciones capital-naturaleza o de género.

El proceso de transformación no representó solamente un espectacular incremento de la productividad, ligada en su primera fase al algodón y la industria textil del Lancashire y al ferrocarril y en su segunda fase a la industria pesada del hierro y el acero (contradicción capital-trabajo); sino que también representó la aparición de estados-nación (contradicción sociedad-comunidad) liderando un proceso de hegemonía mundial (imperialismo, colonialismo), proceso absolutamente nuevo por cuanto el “mundo” en su totalidad terráquea se nos aparece recién con la modernidad. A este fenómeno recientemente se lo ha llamado “globalización” y se lo ha identificado erróneamente como una condición del presente y ligada fundamentalmente a la comunicación global; cuando la globalización, por el contrario, es característica de toda la modernidad y con ella ha nacido. Es que modernidad y expansión territorial global son condiciones concordantes, por cuanto las civilizaciones en donde la modernidad se ha forjado, se encargaron de llevarla a lo largo de todo el planeta, por la necesidad inherente de la ampliación permanente de las fronteras para el comercio de productos elaborados y la extracción y adquisición de los insumos indispensables para la producción. Es así que los conflictos étnicos y entre nacionalidades por el control del territorio y los recursos, adquieren una renovada faceta en orden a una geo-estrategia global, escalonada y diferenciada: por un lado las rivalidades históricas entre pueblos y culturas a los cuales se le suman las invasiones, colonizaciones y procesos de dominación entre estados-nación en el marco de la mencionada hegemonía mundial.

Observamos así un nuevo orden económico-político, el capitalismo industrial, intrínsecamente expansionista y abarcador, es decir, que por su propia definición tiende necesariamente a la mencionada globalización, a su autorreproducción constante y ampliada y a la colonización de otras sociedades. Esto es precisamente lo que Marx llamaba la transformación de la historia en historia universal, porque

cuanto más se destruye el primitivo encerramiento de las diferentes nacionalidades por el desarrollo del modo de producción, del intercambio y de la división del trabajo que ello hace surgir por vía espontánea entre las diversas naciones, tanto más la historia se convierte en historia universal, y así vemos que cuando, por ejemplo, se inventa hoy una máquina en Inglaterra, son lanzados a la calle incon-

tables obreros en la India y en China y se estremece toda la forma de existencia de estos Estados, lo que quiere decir que aquella invención constituye un hecho histórico-universal" (Marx, 1988: 34).

Pero a este propósito de gran transformación, las revoluciones inglesa y francesa fueron solo los procesos políticos iniciales y que de ninguna manera implicaron un cambio de ahí y para siempre. Por el contrario, las nuevas fuerzas en pugna no dejarían de enfrentarse (claramente menguadas y parcializadas incluso hasta el presente) para desencadenarse hacia mediados del siglo XIX otro gran pico de rebeliones y enfrentamientos, todos basados en el gran antagonismo asentado en el cambio de época. Las clases sociales emergentes volverían a cobrar fuerza en pos de imponer sus "programas de existencia" para reemplazar a las clases sociales del antiguo régimen.

Definición de clase social

Aquí se hace absolutamente necesario precisar el carácter de clase social que manejaré a lo largo de todo este artículo¹². De ninguna manera se puede reducir clase social a la esfera de la economía y la producción. Si bien la clase social, y mucho más claramente la clase social en la modernidad, se asienta en sus relaciones respecto del mundo de la producción, conlleva y representa a su vez todo un entramado sociopolítico, cultural y de formas de construcción de los sujetos y las relaciones intersubjetivas. Así que no podemos hablar de independencia de unos criterios respecto de los otros y mucho menos de la unilateralidad economicista con la cual se ha identificado mayoritariamente a la conceptualización de clase social, especialmente en el marxismo tradicional y mayoritario. Clase social es un entramado dialéctico que con asiento en el mundo de las relaciones de producción se configura complejamente en tanto sujeto social y a su vez conjunto de sujetos individuales que portan en sí mismos, y de manera estrechamente vinculada, toda una gama de condiciones y características de subjetivación política y cultural. Así, la clase, con sus definiciones estructurales, construye al sujeto individual para al mismo tiempo ser construida y reconstruida por este. Esto genera una posibilidad de combinación de cualidades muy diversa de tal manera que ninguna condición por sí sola define a una clase social, generando por consi-

12. Una discusión indispensable sobre clases y lucha de clases, no necesariamente coincidente con la trabajada aquí, se encuentra en el reciente libro de Flabián Nieves (2016).

guiente toda una complejidad entre, definiciones estructurales, intereses de clase y construcción ideológica y cultural de los individuos. A su vez, en el devenir histórico los sujetos actuantes de ninguna manera se limitan a ser expresión de la clase social, existiendo por el contrario una abigarrada y múltiple diversidad de configuraciones, y que en el caso de la reunión de distintas clases o fracciones de clase en pos de intereses históricamente coincidentes, estaríamos en presencia de lo que se ha llamado muchas veces como “fuerza social”. Estas fuerzas sociales han sido muchas veces los grandes protagonistas de los procesos históricos en lugar de las clases en su prístina definición. Pero nuevamente es necesario hacer hincapié en que la historia ni se acaba ni puede explicarse solamente por los sujetos sociales colectivos, por cuanto las individuales o los agrupamientos motivados por otros ligazones que no son los de clase, han sido y siguen siendo protagonistas fundamentales. De aquí la necesidad de identificar la gama varietal de contradicciones y entenderlas tanto en su propia lógica como en sus relaciones con la totalidad social (Galafassi, 2021).

Revoluciones en los inicios de la modernidad capitalista

Hecha esta más que indispensable aclaración conceptual, sigamos con la trama histórica a partir de la cual podemos definir que un gran choque de clases, fuerzas sociales, subjetivaciones y grupos colectivos diversos termina entonces por materializar en el siglo XIX, unas condiciones socio-económicas, políticas, ideológicas y culturales que, con cambios permanentes en sus manifestaciones (posmodernidad mediante), persisten hasta el presente y que se expresan tanto en la subjetividad individual como en el avenirse y ajustarse de nuevos sujetos colectivos.

En los cimientos estuvo al mismo tiempo una nueva conformación de clases a partir de un prolongado proceso de formación y consolidación de estas, y que desde las revoluciones inglesa y francesa (solo como puntos de referencia) confluyeron finalmente en ese período que suele definirse como de restauración y revolución que va para Europa entre los inicios del siglo XIX hasta el central año de 1848. Capitalismo, revolución industrial y liberalismo serán los fuertes acicates personalizados en las fuerzas sociales fundamentales y en los sujetos, subjetividades y mundos de significación de la modernidad todavía en formación, que se enfrentarán y terminarán venciendo (por lo menos en lo esencial en términos de quienes imponen las condiciones) a las clases dirigentes y el mundo de vida del antiguo régimen. Si bien los historiadores consideran que 1815-1820 representan los años de inicio de una reacción que intentaba restablecer sus tradiciones y reglas de

juego, no en vano habían ocurrido los complejos y profundos hechos que desembocaron en la toma de La Bastilla. Es que claramente el proceso que fue de la revolución inglesa a la revolución francesa trastocó claramente la estructura socio-política, ideológico-cultural y económica de los países epicentros de la transformación moderna, expandiendo estas fuerzas hacia los Estados más cerrados y aislados de Europa. Esto se dio tanto a través de la propagación de ideas como de las fuerzas militares, siendo asimismo la corrosión de las clases tradicionales (con sus procesos de subjetivación) y su reemplazo gradual por nuevas clases (y sujetos) un hecho indiscutible. El avance rizomático del proceso de gestación y expansión de la acumulación capitalista se dio obviamente junto y de la mano del crecimiento de lo que serán sus clases hegemónicas y un indispensable nuevo modo de legitimación social y de significación ideológico-cultural. Más allá de la victoria temporal de la restauración tras la avanzada francesa con sus tropas hacia el este europeo, la estabilidad y el regreso al status quo previo no fue más que una efímera ilusión que no lograba suturar las fuertes contradicciones que estaban envueltas en la oposición entre los modos de vida y ejes sociales estructurantes del feudalismo versus aquellos emergentes en el capitalismo. Se va consolidando un proceso de afirmación de los Estado-Nación conjuntamente con la definición de nacionalismo de las masas ingresantes a la modernidad. Esto tuvo en muchos sentidos su exteriorización a partir de las ideas y prácticas de emancipación y liberación social y política junto a la gestación de la noción de individuo "libre" e individualismo. Hasta acá serán fundamentalmente las cristalizaciones ideológicas y culturales del liberalismo aquellas que hegemonizarán el proceso de legitimación y también de promoción de los cambios.

Emergidas estas como vencedoras, la contradicción fundamental modernidad-feudalismo comienza a ser dejada atrás, aunque nunca de manera absoluta, por toda la complejidad y derivaciones que esta contradicción implica, lo que la hace pervivir a partir de múltiples expresiones de sus componentes parciales, resignificados obviamente dentro de la vigencia de la modernidad consolidante. Esta victoria de la modernidad de la mano del liberalismo, implicará el triunfo del individualismo y egoísmo más recio y nervudo que llevará a la clase claramente victoriosa, la burguesía, a renovar el proceso de dominación, hegemonía y explotación, pero ya claramente sobre otras bases estructurantes. Su contrapartida dialéctica indispensable será la emergencia de una enorme masa de proletarios que son aquellos que efectivizarán manual y materialmente la fuerza productiva de la revolución industrial bajo las premisas del liberalismo (aunque es un tanto redundante esta aclaración por cuanto revolución industrial es el liberalismo en su expresión material).

Es en este proceso donde quedará plasmada la contradicción fundamental que dará sustento a buena parte de los procesos de conflictividad hasta el presente, pero más precisamente como columna vertebral de la antítesis de expresión fundamental hasta los años '60-'70 del siglo XX (esto se explicará y desarrollará más adelante).

Esta contradicción fundamental se expresará y concretará por primera vez de manera contundente, aunque efímera, en la llamada Comuna de París de 1871, en donde las fuerzas sociales haciendo epicentro en la clase obrera revelarán su posición de sojuzgamiento para hacerse cargo de la situación y dar vuelta la correlación desventajosa que implica ser la clase explotada en la relación de dominación de la modernidad capitalista. Modernidad que por cierto todavía vivía bajo la amenaza latente de fuerzas monárquicas que no habían permitido hasta el momento un clivaje más puro de las formalidades democráticas. De tal manera, aquí también queda expuesto el cruce de contradicciones que implica toda situación histórica, por lo cual, como ya se ha dicho, nunca puede entenderse de manera unilateral. En la Comuna confluyeron así una serie de sujetos individuales y colectivos además de situaciones y condiciones suplementarias y muchas veces antagónicas entre sí. Una primer paradoja se da a partir de la Guardia Nacional de París que surge al fragor de la vanguardia burguesa de la revolución de 1789, resistida siempre por el poder concentrado de la restauración, y que será clave en los primeros momentos del asedio a la Capital por parte del ejército prusiano, por ser la principal vía de entrada de las masas obreras de la Comuna. Y luego, la contradicción entre la restauración monárquica y la profundización de la democracia liberal; la contradicción entre estados-nación en guerra representando a su vez proyectos políticos y estratégicos todavía diferentes, la contradicción entre ideologías políticas contrastadas como aquellas que representaban la consolidación del liberalismo frente a las nuevas ideas del socialismo. Y en fuerte consonancia con esto último la contradicción de clases ya asumidas, aunque no de manera excluyente y purificada, manifestada entre las distintas fracciones de la burguesía (de financiera a industrial y comercial y desde gran burguesía a pequeña burguesía) versus las fracciones de la clase obrera y trabajadora (jornaleros, artesanos, obreros de las industrias en crecimiento, etc.).

De aquí resulta destacable como la disputa burguesía-proletariado comenzó a constituir no solo una contradicción fundamental en el desarrollo de la modernidad capitalista sino que además, y en consecuencia, fue la promotora del grueso de los conflictos nodales de la nueva sociedad. Es que aquí se asienta la relación dialéctica constitutiva de los últimos siglos en tanto relación antitética basada en la explotación, dominación y opresión que implica

toda relación entre clases. Es por esto que la emergencia de conflictividad no solo no puede sorprender a nadie (de tal manera que la pregunta del por qué los hombres se rebelan tiene escasa sustancia) sino que además es el camino a la síntesis lógica y esperable. Y será justamente en los inicios de la modernidad capitalista que esta conflictividad comenzará a expresarse, marcando así la aparición de una tensión que permanece mientras permanezcan las condiciones que la originan. La conflictividad emergente de la contradicción capital-trabajo marcará a la modernidad capitalista hasta el presente, por lo que será indispensable dedicarle unos párrafos a sus inicios y su posterior evolución en el proceso histórico.

Es obvio que esta conflictividad emergerá a partir de la rebelión del polo oprimido, es decir de los trabajadores, por cuanto la burguesía, en tanto clase dominante, tendrá la voz cantante y manejará “a piacere” los hilos de la contradicción. Por lo menos si lo definimos en términos relativos respecto del polo dominando, por cuanto convengamos que la libertad absoluta no existe desde el momento en que todos los seres humanos se definen por su condición de interrelación social y toda interrelación implica algún condicionamiento. Las primeras expresiones de protesta obrera serán una clara expresión de las nuevas formas sociales construidas y esta novedad impondrá al principio características de espontaneidad, precariedad, parcialidad y hasta contradicción, para con el tiempo ganar en organización, racionalidad y afinamiento de los objetivos. El reclamo de los tipógrafos de Lyon en el temprano 1539 a través de una huelga por los bajos salarios fue al mismo tiempo para pedir por mayor libertad en el proceso de trabajo y paradójicamente por la limitación en el número de aprendices que eran vistos como potenciales “competidores”. De aquí en más la lucha se orientará fundamentalmente hacia la defensa del salario y se suceden hechos diversos de protestas que van de las huelgas hasta los motines (Pla, 1984). Como consecuencia de esta creciente conflictividad y como muestra evidente de la no aceptación por parte de los sectores dominantes de un cuestionamiento a las reglas de juego, hacia finales del siglo XVIII, se prohíbe toda forma de asociación obrera tanto en Francia como en Inglaterra, cunas indudables de la modernidad capitalista. En 1791 se promulga la ley “Le Chapelier” en Francia y en 1799 se dictan las “Combination Acts” en Inglaterra. Estas son un claro indicador que en las postrimerías de la Revolución Francesa y la Revolución Industrial en pleno ascenso y consolidación, la revuelta obrera y primarios intentos de asociación ya eran más que evidentes. Y será contra uno de los componentes de la organización fabril que se orientarán los próximos pasos de la resistencia. Las reacciones se dirigen así contra la desocupación y las nuevas máquinas que la originan, poniendo en evidencia además la contradicción

existente entre la imperiosa necesidad del maquinismo como componente sostenedor del capitalismo industrial y su cualidad, al mismo tiempo, de competidor parcial de la fuerza de trabajo (componente, a su vez, también esencial del capitalismo), siendo un potencial creador de desocupación al reemplazar, parcialmente, el trabajo humano. El “Luddismo” fue entonces un movimiento espontáneo contra las máquinas que se desarrolló en Inglaterra a principios del siglo XIX. El nombre deriva de uno de sus líderes, Ned Ludd, y se motivó en el crecimiento en el uso de las máquinas como nuevo avance de la productividad capitalista y que conllevó obviamente un aumento en la tasa de desocupación, marcando un cambio en las relaciones técnicos de producción pero consolidando una característica esencial de la nueva sociedad. El movimiento fue creciendo llegando a su punto culminante en los primeros años de la década que comienza en 1810 y también se fue expandiendo a otros países europeos que se iban incorporando a la organización fabril como Alemania, Francia, Bélgica e Italia.

Proletariado y revolución

Más allá del ludismo y al crecer la producción fabril así como la población obrera en base a las altas tasas de explotación y pésimas condiciones de vida y trabajo, crecen también las reacciones y protestas. En 1817 se produce la “marcha del hambre” sobre Londres y en 1819 un gran mitin de más de 80.000 personas en Saint Peter’s Field, fuertemente reprimido, dejando el campo de Peterloo cubierto de cadáveres y heridos. Como consecuencia de estas manifestaciones obreras, la burguesía responde en un movimiento antitético en defensa de sus intereses con una legislación represiva más contundente conocida como the “Six Acts” en la cual se prohíben las reuniones, organizaciones obreras y las actividades de todo tipo que puedan alterar la “paz social”. El movimiento dialéctico de abierta y visible lucha entre clases se continúa y profundiza y así para 1830 los esfuerzos obreros se van canalizando hacia la formación de sindicatos en tanto instrumentos efectivos para su lucha y reivindicaciones. Nace así, como una de las primeras expresiones, la Asociación Nacional para la protección del Trabajo (NAPL) para dar paso en 1834 a la primer central de trabajadores propiamente dicha, la Grand National Consolidated Trade Union. Hasta este momento, las reivindicaciones por condiciones de vida y trabajo de los trabajadores en tanto clase obrera convivían con las tendencias más owenistas asentadas en motivaciones cooperativistas en donde los trabajadores como clase opuesta al capital quedaba desdibujada. Es así que desde 1837 va surgiendo un nuevo movimiento

en Inglaterra, el llamado Cartismo, que nace a partir de la defensa de la Carta del Pueblo, demanda colectiva al parlamento en relación a la implantación del sufragio universal, una mayor democratización y la posibilidad de elegir representantes obreros para el poder legislativo. En este marco se vuelve a plantear con claridad una disyuntiva que marcará la lucha política en general y de la clase obrera en particular hasta el presente. Por un lado se define una "Fuerza moral" a partir de una alianza entre los trabajadores y la burguesía en pos de una presión a partir de la justeza de los reclamos obreros y que será también identificada como reformismo. Por otro lado, la llamada "Fuerza física" que reivindica la autonomía e independencia de la clase obrera como única estrategia para llegar al triunfo de los intereses de la clase, por lo cual se definirá como clasista, asumiendo claramente el antagonismo como sostén de la lucha. En esta discusión es en la que podemos situar también, para el caso de Francia, las posturas diferenciadas de Augusto Blanquí por un lado, con posiciones insurreccionales y con abierta participación en los levantamientos de 1831 y 1834; y a Louis Blanc por otro, quien postulaba los beneficios de la economía colectiva y cooperativa (siguiendo los pasos de Owen). Este último tuvo una participación significativa en el gobierno transicional a la caída de Luis Felipe, a partir de la implantación de los Talleres Nacionales, en tanto expresión de la colaboración entre proletariado y burguesía, y que tuvieron desarrollo efectivo luego de las revueltas de febrero de 1848 (Marx, 1975). Un vuelco en esta discusión se producirá a partir de 1847, cuando se funda la Liga de los Comunistas y se le encarga a Marx y Engels la redacción de un Manifiesto. La liberación de los trabajadores solo podrá ser obra de ellos mismos, dirán taxativamente en este *Manifiesto del Partido Comunista* (1848) por cuanto la sociedad está constituida por clases sociales antagónicas, por lo cual no hay colaboración posible en la trama estructural que fácticamente dispone las condiciones de la existencia.

A partir de aquí se suceden y avanzan las formas organizativas del proletariado, en tanto sujeto diferenciado como clase y que se autodefine básicamente por su lugar en las relaciones sociales de producción. Es así que la conflictividad abierta burguesía-proletariado comenzará su derrotero más identificable, extrapolándose también claramente al plano político en los sucesos revolucionarios tanto de fines del siglo XIX como de principios del siglo XX. La organización del proletariado en organizaciones tanto sindicales como políticas, signará las luchas y conflictividades hasta el presente. Pero lo que sí variará es la centralidad que las luchas obreras tendrán en los diferentes momentos históricos¹³. Desde mediados del siglo XIX y hasta los años

13. Una discusión muy interesante sobre la historia de los movimientos obreros la en-

'50 del siglo XX ocuparán un lugar central o al menos altamente destacado. En este periplo se sucederán la Primera y Segunda Internacional Socialista, identificando claramente lucha del proletariado con derrocamiento del capitalismo. En este contexto es que se desarrollará la frustrada Revolución Alemana por un lado y la si triunfante primera revolución socialista en Rusia, ambas ya entrado el siglo XX, aunque los procesos que culminaron ahí venían, obviamente, de un par de décadas atrás.

Ambos procesos marcan claramente la superposición e interrelación de contradicciones (lo que definiremos más adelante también como sobre-determinación) pues se dieron conjuntamente con los sucesos de la Primera Guerra Mundial. Es imposible entender tanto la revolución alemana como la rusa sin este cruce. De aquí claramente podemos ver, otra vez, que los procesos de lucha de clases nunca se dan de manera aislada y que el cruce de contradicciones es la regla. Las disputas nacionales pueden ser vistas también, como lo haría la ortodoxia marxista, como disputas interburguesas. Pero que cortos de mirada y análisis nos quedaríamos si solo lo dejamos acá. Esto implicaría desconocer el componente de la nación y los sentidos que esto mueve en los sujetos. Claro que cada sujeto y colectivo de sujetos vivirá este sentido de manera diferente, y obviamente las clases dominantes siempre están en posición favorable para orientar las acciones en base a estos sentidos. De ahí que lo de la disputa interburguesa no sea del todo errado, pero como todo lo que plantea el marxismo con sesgos mecanicistas, cae en un reduccionismo al entender el proceso histórico como un proceso casi exclusivamente económico-material. Se desconoce en consecuencia toda otra trama de factores que también juegan en la dinámica social, cayendo, por el contrario, en una fetichización del trabajo y la producción, que de por sí restringe y anula las capacidades y cualidades distintivas de lo humano, pero que además se iguala en sus principios con el ideario utilitarista. Ya Max Horkheimer (2008) discutió la hostilidad a la simple gratificación personal presente en la cultura burguesa, abogando, al contrario, por una felicidad sensual humana.

Luego de esta necesaria digresión teórica y volviendo al proceso alemán, la formación primera del Partido Socialdemócrata hacia finales del siglo XIX, no estuvo exenta de debates internos entre un ala reformista y otra más revolucionaria, al calor de la efervescencia del Manifiesto Comunista y su prosecución en la formación de los movimientos socialistas y comunistas. La Primera Guerra Mundial volvería a enfrentar estas posiciones internas, por cuanto el ala revolucionaria (Liga Espartaquista), fiel a sus principios de que la lucha entre clases está por encima de las luchas entre

contrarmos en Womack (2007).

Estados y Naciones, se oponía a que Alemania participara de la guerra¹⁴. Las condiciones de explotación de los trabajadores más las penurias de la guerra hicieron que en 1918 comenzaran las revueltas. Huelgas y asambleas de trabajadores y levantamientos de marinos culminarán en el hecho que la ciudad de Kiel es tomada conjuntamente por obreros y soldados el 4 de noviembre. Los Consejos de Obreros y Soldados se extienden por todo el país así como la onda revolucionaria, en la cual participaba la Liga Espartaquista pero no el ya escindido Partido Socialdemócrata. Pero esto no alcanzó y la revolución fue fuertemente reprimida y con una correlación de fuerzas no favorable llega a su fin con el asesinato de dos de sus líderes, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. La otra gran contradicción presente en este proceso fue aquella entre antiguo régimen y modernidad, por cuanto de la revolución frustrada, la burguesía y los sectores e idearios modernos aprovecharán la oportunidad, gestándose así la República de Weimar.

Esta última contradicción fue mucho más patente en el caso de la Revolución Rusa, por cuanto ese país no tenía ni por asomo los niveles de industrialización ni de incorporación de códigos y valores modernos como los de Alemania. Tanto es así que la supresión de la servidumbre, uno de los pilares de la sociedad medieval, se realiza recién en 1861. Está claro que la revolución en Rusia implicó no solo comenzar a instaurar alguna forma de socialismo sino también entrar de lleno en la modernidad, fundamentalmente económica y tecnológica, para lo cual los programas de industrialización constituyeron un componente esencial desde el principio de la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. A propósito de esto, el soviet de trabajadores y soldados fue aquí, así como en Alemania, un eje clave del movimiento revolucionario. Por un lado, la clase obrera como sujeto fundamental, y por otro, los soldados, dada las circunstancias del estado de guerra en el que también estaba inmerso Rusia¹⁵. Pero Rusia, debido a su escasa modernización, era todavía un país agrario con una importante dotación de campesinos. Esto constituyó un factor de fuerte impacto por cuanto el campesinado en la teoría marxista revolucionaria de aquellos años no solo no era considerado un sujeto de avanzada en el proceso de transformación sino que incluso podían ser vistos algo así como una rémora del pasado. Y por otro, está claro que el campesinado ruso no actuó mayoritariamente a favor de la revolución sino en muchos casos como un freno a la misma¹⁶. A contrapelo

14. Para una discusión esencial sobre estos puntos ver Luxemburgo (2015).

15. Un recorrido rápido y con explicaciones diversas sobre los acontecimientos de la revolución Rusa podemos encontrarlos en Trotsky (1985); Figes (1996); Fitzpatrick (2005).

16. El film "El Don apacible" (Тихий Дон, 1958) de Sergei Gerasimov además de ser

entonces de estos reduccionismos interpretativos y políticos, claramente los procesos de luchas de clases mostraban aquí también toda su complejidad dialéctica, al aparecer otros sujetos de clase que se montaban también sobre la contradicción tradición-modernidad.

La otra gran contradicción que ha atravesado estos dos procesos revolucionarios fue, así como antes lo fue en la revolución inglesa, la francesa y luego las revoluciones de 1820 y 1848 en Europa, aquella planteada entre poder absoluto y soberanía de elite versus poder y soberanía asentado en la democracia (sea esta representativa o de base). A esto debemos sumar la emblemática Revolución Mexicana, que poco tuvo que ver con los canones de la liturgia marxista, en donde la burguesía y el campesino fueron las clases predominantes de los levantamientos (cfr. Womack Jr., 1969). Esta contradicción está fuertemente asociada a la disyuntiva planteada entre antiguo régimen versus modernidad, pero claramente como las otras mencionadas, también tiene sus especificidades, tanto que es posible que una sociedad capitalista moderna pueda apelar a cualquier de las dos alternativas en una línea de tensión con una variada gama de casos intermedios. Para las sociedades socialistas también se ha dado esta disyuntiva, desde por ejemplo, los soviets en la Rusia revolucionaria y su poder y soberanía democratizada, al politburó de la URSS que fue restringiendo cada vez su toma de decisiones en un poder concentrado a partir de que Stalin se hace cargo de las decisiones a la muerte de Lenin.

Cerrando: la renovación de la conflictividad

La revolución Rusa habilitó y promovió, como sabemos, infinidad de luchas en todo el mundo potenciando las rebeliones obreras, demostrando así la centralidad de esta clase en los conflictos una vez entrado el siglo XX. Pero esta ecuación que definía a la clase obrera como el sujeto de la transformación se modifica radicalmente con las revoluciones China, Coreana, Vietnamita, Cubana y Boliviana, más otros procesos asiáticos y africanos de los años '50 y '60¹⁷. Países claramente no industrializados y con estructuras sociales, políticas y culturales con no tantos rasgos modernos, irrumpen en revueltas a partir de organizaciones políticas centradas en ideas socialistas y enmarcadas en alguna de las variantes del marxismo, reformulado y adaptado a la realidad vernácula en

una hermosa muestra del cine ruso nos muestra a las claras esta oposición campesina a la revolución, en este caso en las estepas del sur.

17. Un abanico mínimo de literaturas sobre estas cuestiones podría ser: Hoang Van Chi (1965); Nasser et al, (1965); Bianco (1999); Mires (2001); Guevara (2013).

cada caso. Básicamente fue la máxima de “proletarios del mundo uníos” aquella dejada fundamentalmente de lado, por la sencilla razón de que el proletariado era numérica y estructuralmente poco o nada relevante. Pero además, la idea de nación y pueblo (mix colectivo donde la clase no es eliminada pero en el que tampoco es el sujeto central) condujo a estas revoluciones en el camino de las reivindicaciones nacionales, dejando el internacionalismo para otra etapa. Socialismo y nacionalismo se han fusionado, retomando la mixtura de contradicciones, esta vez en una amalgama explícitamente nueva y unida.

Es entonces que otras contradicciones, algunas de las mencionadas y otras que llegarán a su climax en los años '60, estaban también manifestándose a través de conflictos, rebeliones, movilizaciones y revueltas diferentes. Los procesos de descolonización en Asia y África entre los años '50 y '60 portaban en su seno la amalgama para su salida tanto de la contradicción basada en la nacionalidad como aquella que pretendía deshacerse de un sistema económico colonial que pivoteaba entre formas capitalistas y variantes rentísticas¹⁸. Todas estas, mayoritariamente acompañadas de estructuras sociales, políticas y culturales de naturaleza premoderna, asentadas en lo que se llamó el “desarrollo desigual” (Amin, 1986). La fórmula de muchos movimientos nacionalistas con consignas que se acercan también al socialismo se sintetizó en la fórmula “Liberación o dependencia”, que implicaba un proceso de cambio tanto en el plano político, como en el económico y cultural, liberándose tanto del país opresor, como de las formas asociadas a su dominación. La disputa no solo era entre regímenes sino también y sobre todo entre nación colonial y nación colonizada. Condición que también estuvo presente en revoluciones mencionadas en el párrafo anterior. La sobredeterminación, es decir la superposición (siempre dialéctica y nunca de suma lineal) de contradicciones queda también claramente visible en estos procesos.

Por el lado de las regiones y países centrales del capitalismo del siglo XX, las situaciones de conflictividad discurrían por carriles un tanto diferentes, de manera claramente conexas con la situación socio-política, económica e histórico-cultural de estas realidades particularizadas. La figura que entrará en escena, según el abordaje teórico contemporáneo será la categoría “movimiento social” basada en el bagaje teórico del individualismo metodológico y la acción colectiva (Galafassi, 2021), y cuyo menester venía a desplazar de la escena a la lucha de clases (tan vapuleada y vulgarizada, tal referencias anteriores) y con ello el proceso de explotación-alienación. Pero sin embargo,

18. La dialéctica desarrollo y liberación/revolución estuvo en el tapete en aquellas décadas, por lo cual vale, solo a modo de ejemplo, rescatar algunos de los trabajos distintivos de aquel problema teórico-político: Marini (1969); Ruiz García (1973); González Casanova (1978).

todas las series diversas de revueltas –definidas en base a los llamados (nuevos) movimientos sociales- sucedidas en Europa, Japón, EEUU, México y el resto de America Latina y el mundo en los años sesenta muy lejos estaban del supuesto carácter restringido que implica un mero “interés individualista” o una simple “búsqueda de identidad”. Aunque claro está, y como sostiene un par de renglones arriba, la situación en estos contextos había llevado a una esfera de ampliación y/o traslación de los reclamos. Es que se podía decir que la mayor parte de la población se encontraba con sus necesidades básicas satisfechas, lo cual cambia radicalmente el punto de vista y de partida de los imaginarios. A esto debe sumarse a una historia de construcción ideológica y cultural propia de la modernidad liberal, que llevaba a la figura de la individualidad y el bienestar como uno de los pilares de la justificación de la existencia planeada del conjunto, entrando al punto de fraguado de lo que empezó a llamarse como “sociedad de masas”¹⁹.

Hacia fines del siglo XX y lo que va del siglo XXI, el individualismo se exagera ganando casi totalmente la escena. Todo sujeto social se hace evanescente, efímero y solo autoreferenciado. El cambio radical pierde fuerza y la conflictividad mayoritariamente queda restringida a demandas sectoriales y puntuales. El neoconservadorismo político, económico y cultural pareciera cubrir como un manto a la sociedad de masas. Tanto, que las tibias expresiones de reforma populista aparecen, sin serlo obviamente, como las grandes referencias de cambio. La gran pregunta es entonces ¿cómo ocurrirá en adelante el proceso de conflictividad? ¿retomará carriles societales de cambio o quedará acotado a estas expresiones contemporáneas de fugaz resistencia atomizada frente a la barbarie neoconservadora? No es muy halagüeño el panorama al día de hoy, pero la historia nos ha mostrado que el dinamismo y la transformación son propios del devenir dialéctico.

Bibliografía

ADORNO, Theodor: Prismas. **La crítica de la cultura y la sociedad**. Barcelona, Ariel, 1962 (1955).

ADORNO, Theodor: **Sociológica**. Madrid, Taurus, 1966.

ALTHUSSER, Louis: **Ideología y aparatos ideológicos del Estado**. Buenos Aires, Nueva Visión, 2003 (1969).

19. La Teoría Crítica aportó buena parte de las reflexiones más lúcidas al respecto, solo como guía mínima vale revisar: Adorno 1966; Horkheimer, 1976; Lowenthal, 2016.

- AMIN, Samir: **El desarrollo desigual**. Barcelona, Planeta-Agostini, 1986 (1973)
- ANDERSON, Perry: **Los fines de la historia**. Barcelona, Anagrama, 1996.
- BACON, F.: **Novum Organum**. Madrid, Sarpe, 1984.
- BERMAN, Marshall: **Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad**. Madrid, Siglo XXI, 1998.
- CASTORIADIS, C.: **El Desarrollo. De su apología a su crisis**. Buenos Aires, Docencia, 1986.
- COUTURAT, L.: **La Logique de Leibniz: d'après des documents inédits**. Félix Alcan, Paris, 1901.
- BARTRA, Roger: **El poder despótico burgués**. México, Era, 1978.
- BERMAN, Marshall: *El beso de la muerte. Brindis por la modernidad*. México, Nexos, mayo de 1985, <https://www.nexos.com.mx/?p=4481>
- BIANCO, Lucien: **Los orígenes de la revolución china (1915-1945)**. Barcelona, Bellaterra, 1999.
- BIDET, Jacques: **Teoría de la modernidad**. Buenos Aires, Ed. Letra Buena – Ed. El Cielo por Asalto, 1993.
- CONSTANT, Benjamin: **Acerca de la libertad de los antiguos comparada a la de los modernos**. Paris, 1819.
- FIGES, Orlando: **La Revolución Rusa (1891-1924)**. Madrid, Edhasa, 1996.
- FITZPATRICK, Sheila: **La Revolución Rusa**. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- GALAFASSI, G. *Conflicto por la tierra y movimientos agrarios en el nordeste argentino en los años setenta: la Unión de Ligas Campesinas Formoseñas*. **Perfiles Latinoamericanos** nº 26, pp. 159-184 (FLACSO, México), 2006.
- GALAFASSI, Guido (comp.): **Acumulación y Territorio, elementos conceptuales y dinámica actual en Argentina** Bernal, UNQ Posgrado, colección Intercambios, 2017.
- GALAFASSI, Guido (comp.): **Apuntes de Acumulación. Capital, Estado, procesos socio-históricos de (re) producción y conflictividad social**. Buenos Aires, Extramuros Ediciones - Theomai Libros, 2014.
- GALAFASSI, Guido: (2019) *De la mediación social de la naturaleza a la construcción histórica del territorio*. En, G. Barrios y E. Acsebrud (comp.). **Naturaleza, Territorio y Conflicto en la trama capitalista contemporánea**. Buenos Aires, Extramuros-Theomai-GEACH, 2019.

Antagonismo y conflictividad en la construcción de la modernidad y el capitalismo.
Historia y contradicciones en movimiento

GALAFASSI, Guido: **Dialéctica de la conflictividad. Sujetos, clases, contradicciones y antagonismo**. Buenos Aires, Theomai-Extramuros, 2021.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo: **Imperialismo y liberación**. México, Siglo XXI, 1978.

GUEVARA, Gustavo: **Sobre las Revoluciones Latinamericanas del siglo XX**. Buenos Aires, Newen Mapy, 2013.

HOBSBAWN, Eric: **Naciones y Nacionalismo desde 1780**. Barcelona, Crítica, 1991.

HORKHEIMER, Max y Theodor ADORNO: **Dialéctica del Iluminismo**. Buenos Aires, Sudamericana, 1969 (1944)

HORKHEIMER, Max: **Crítica de la Razón Instrumental**. Buenos Aires, Sur, 1969 (1947).

HORKHEIMER, Max: *Egoísmo y movimiento liberador*. En, **Teoría Crítica**, Buenos Aires, Amorrortu, 2008 (1936).

HORKHEIMER, Max: **Estado autoritario**. México, Itaca, 2006*

HORKHEIMER, Max: **Historia, metafísica y escepticismo**. Madrid, Alianza, 1982 (1930).

HORKHEIMER, Max: **La función de las ideologías**. Madrid, Taurus, 1976.

HUNT, L.: **Politics, Culture and Class in the French Revolution**. London, 1986.

KOFLER, Leo: **Contribución a la historia de la sociedad burguesa**. Buenos Aires, Amorrortu, 1974 (1948).

KROPOTKIN, Piotr: **Historia de la revolución francesa**. Buenos Aires, Ediciones B, 2004 (1909).

LEBOWITZ, Michael: **Más allá de El Capital. La economía política de la clase obrera en Marx**. Madrid, Akal, 2005.

LEIBINZ, Gottfried Wilhelm.: **Dialogus de connexione inter res et verba**. Zurich, Grin, 2000.

LOCKE, John: **Segundo tratado sobre el gobierno civil**. Madrid, Alianza, 1990 (1689).

LOWENTHAL, Leo: **Literature and Mass Culture**. New Jersey, Transaction Books, 1984.

LUXEMBURGO, Rosa: **Huelga de masas, partido y sindicatos**. México, Siglo XXI, 2015.

MADDISON, Angus: **Historia del desarrollo capitalista. Sus fuerzas dinámicas.** Barcelona, Ariel, 1998.

MALDONADO, Tomás: **Il futuro della modernità.** Milano, Feltrinelli, 1987.

MANN, Michael: **Las fuentes del poder social.** Madrid, Alianza, 1997.

MARCUSE, Herbert: **El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada.** Barcelona, Planeta-Agostini, 1985 (1964).

MARINI, Ruy Mauro: **Subdesarrollo y revolución.** México, Siglo XXI, 1969.

MARX, Karl: **El capital**, tomo 1. México, Siglo XXI, 1988.

MARX, Karl: **Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850.** Obras escogidas 1. Madrid, Akal, 1975.

MARX, Karl y Friedrich ENGELS: **Manifiesto del Partido Comunista.** Obras escogidas 1. Madrid, Akal, 1975.

MIRES, Fernando: **La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina.** México, Siglo XXI, 2001.

MURMIS, Miguel, José NUN y Juan Carlos MARÍN: **La marginalidad en América Latina.** Buenos Aires. Instituto Di Tella, 1969.

NASSER, Gamal; Hassan RIAD, Alí SALIM, Luciano ROMAGNOLI, Anuar

NIEVAS, Flabián: **Lucha de clases. Una perspectiva teórica-epistemológica.** Buenos Aires, Imago-Mundi, 2016.

OFFE, Clauss: **Contradicciones en el Estado de Bienestar.** Madrid, Alianza, 1990.

PIQUERAS, Andrés: **Movimientos sociales y capitalismo. Historia de una mutua influencia.** Valencia, Ed. Germania, 2002.

PIVANO, Fernanda: **Beat, hippie, yippie.** Madrid, Jucar, 1975.

POULANTZAS, Nicos: **Poder político y clases sociales en el Estado capitalista.** México, Siglo XXI, 2012 (1968)

PRIESTLAND, David: **Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo.** Barcelona, Crítica, 2010.

ROBERTS, Warren: **Jacques Lous David, Revolutionary Artist: Art, Politics and the French Revolution.** Chapen Hill, 1989.

RUIZ GARCÍA, Enrique: **Subdesarrollo y liberación**. Madrid, Alianza, 1973.

SMITH, Adam: **Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones**. Madrid, Alianza, 1994 (1776).

TOCQUEVILLE, Alexis: **La democracia en América**. México, FCE, 1985 (1835).

TRONTI, Mario: **Obreros y Capital**. Madrid, Akal, 2001 (1966)
NEGRI, Antonio: **Los libros de la autonomía obrera**. Madrid, Akal, 2004 (1972).

TROTSKY, Leon: **Historia de la Revolución Rusa**. Madrid, Sarpe, 1985.

VAN CHI, Hoang: **Vietnam Norte: del colonialismo al comunismo**. Buenos Aires, Sur, 1965.

VITIELLO, Vincenzo: **Genealogía de la modernidad**. Buenos Aires, Losada, 1998.

WAGNER, Peter: **Sociología de la modernidad**. Barcelona, Herder, 1997.

WOMACK Jr., John: **Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros**. México, FCE, 2007.

WOMACK Jr., John: **Zapata y la Revolución Mexicana**. México, Siglo XXI, 1969.